

EDITADO POR
PRENSA ESPAÑOLA,
SOCIEDAD ANÓNIMA
M A D R I D

ABC

REDACCION,
ADMINISTRACION
Y TALLERES:
SERRANO, 61-MADRID

FUNDADO EN 1906 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

EL 4 de septiem-
bre de 1936,
Largo Caballe-
ro asciende a la pre-
sidencia del Gobier-
no de la República
española: es su momento estelar.

Desde antes de la revolución de Asturias (octubre, 1934) se ha constituido como la gran esperanza de la revolución española (una revolución que cada cual interpreta a su aire). Y nadie le halagará tanto como los comunistas, mínimos en número, pero de gran astucia política. Gracias a esta conseguirán en abril de 1936 fusionar sus juventudes con las socialistas, bien trabajadas por el extremismo, proyectando para un futuro inmediato la fusión de los dos partidos —Socialista y Comunista—: fusión que la guerra impedirá, salvo en Cataluña.

Largo Caballero, repetimos, es la gran esperanza de la revolución y el no lo disimula. Infinitos textos cantan. Bastará uno de ellos: *Las finalidades concretas de este Ejército serán: sostener la guerra civil que desencadenará la instauración de la dictadura del proletariado y realizar la unificación de este por el exterminio de nicticos obreros que se niegan a aceptarlo.* Tales palabras las pronuncia en Oviedo el 15 de junio de 1936, y este Ejército es, naturalmente, las milicias marxistas, que se autobastizan con orgullo Ejército rojo.

Pronto, en la interminable jornada diurna y nocturna del 18 de julio de 1936, Largo Caballero se impondrá a todos —a Azana en primer lugar— para armar a las milicias, a aquel Ejército rojo, que es ya una realidad en ciernes.

Pero cuando el 4 de septiembre toma las riendas del Gobierno, el viejo líder ha visto ya mucho. Ha aprendido que con la revolución desencadenada caóticamente no se llega lejos y que es preciso frenarla, organizarla y potenciarla, creando a su lado una Fuerza Armada regular, más allá de las invertebradas milicias. ¿Como habrá de ser esa Fuerza? En parte, revolucionaria —por supuesto—; pero en parte, tradicional: Código de Justicia Militar, militarización de todo el mundo, Estados Mayores, mandos profesionales, jerarquía y disciplina. El que no lo quiera así que se vaya.

Mas este hombre —cortado ya por los años, la experiencia y los desencantos primeros— va a ostentarse en sus propósitos. ¿Por quién? ¿A causa de qué?

En política nunca lo híbrido es fecundo. ¿Es comunista Largo Caballero? No, desde luego. ¿Socialista puro, con base sindical casi preponderante, a lo Besteiro? Menos aun. ¿Social-demócrata? Ni pensarlo. ¿Revolucionario? Desde luego; pero esa palabra es demasiado ambigua. Quizá su ideal sea fundir o unir de alguna forma a todas las masas proletarias extremistas en una como confederación. Auténtica quimera.

El máximo enemigo sera aquí —ayer, hoy y si, nupre!— el comunismo, para el cual Largo Caballero es solo un trampolín útil mientras transija en sus propósitos. Se trata de una vieja —y siempre actual— historia, conocida historia, manoseada historia, que quiere en vano olvidarse.

Largo Caballero se ve así obligado —quizá al principio con gusto, luego ya no— a acoger en su propio despacho la gran riada de «consejeros» y «técnicos» soviéticos y de modo destacado al emba-

EL TESTAMENTO POLITICO DE LARGO CABALLERO

ador de la U. R. S. S. Marcel Rosenberg. No van solos y al señor embajador acompaña siempre nada menos que el ministro de Estado de la República, don Julio Alvarez del Vayo. La línea de separación entre el P. S. O. E. y el P. C., nunca clara, se está esfumando de tal manera que llega un momento en que nadie, o casi nadie, sabe quién es quién.

Un día Largo Caballero arroja de su despacho a Rosenberg con estas palabras de las que —política aparte, pasión aparte— debemos sentirnos orgullosos: *¡Marchaos, marchaos! Debéis aprender, señor embajador, que aunque nosotros, los españoles, somos muy pobres y necesitamos ayuda del exterior, somos lo suficientemente orgullosos para no consentir que un embajador extranjero intente imponer su voluntad sobre el jefe del Gobierno de España.*

La catilinaria es una sentencia de muerte política. A partir de aquí —y de su negativa al deseo staliniano de fundir los dos partidos marxistas— un ciclón, un maremoto político, sacudirá el sillón del presidente del Gobierno contra el que toda injuria y calumnia serán licitas. Obstaculizada su labor en el frente y en la retaguardia caerá, al fin, el 15 de mayo de 1937, sin pena ni gloria, tras una crisis manejada desde Moscú y en la que participarán, por acción u omisión, muchos de sus camaradas de partido. La sustituirá Negrin y con él irá Indalecio Prieto.

Cuando en enero de 1946 escriba Largo Caballero una carta dirigida a su compañero Enrique de Francisco, y reunida con otras en el libro *Mis recuerdos*, dirá refiriéndose a estos momentos dolorosos: *Lo más grave para mí era que a esta campaña indigna de difamación se unían los capostotes de la Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español.* Estaban, sencillamente, ganados por la astucia comunista y obraban deslumbrados por este partido.

El 17 de octubre de 1937 Largo Caballero llenará el cine Pardiñas, de Madrid, despertando un entusiasmo popular en la explicación de la crisis y de su actitud. Pero aquí terminará su vida pública: cuando intente repetir el acto en Alicante se lo impedirán los guardias de asalto a las órdenes del Gobierno.

Se acabó. Un día de 1939 Largo Caballero cruzará la frontera francesa difícilmente, pues el equipo de Negrin no le

prestará ayuda alguna en aquellas dramáticas circunstancias. Y en Francia, el viejo león revolucionario conocerá el triste

pan del exilio y luego el más triste pan de la detención alemana y del campo de concentración de Oranienburg. Cuando quede libre escribirá unas cartas, a una de las cuales se ha hecho referencia. En buena parte constituyen un a modo de testamento político.

¿Qué dice, por ejemplo, en esta otra donde recuerda la situación de España cuando Negrin es jefe de Gobierno y a la vez testaferrero y mandatario del comunismo y de los socialistas más o menos comunistizados? Esto: *¿Cuál será la suerte de España? ¿Qué van a hacer con España esos hombres sin escrúpulos, sin conciencia, en los que no preside otra idea que la del poder mismo; que no les quita otro sentimiento que el del rencor, el odio, el espíritu de venganza contra todos los que les salen al paso en sus trapacerías, aunque se trate de hombres a quienes han llamado compañeros y amigos? ¡Pobre España! ¡Tu suerte está en manos de la ambición, de la deslealtad, de la traición, y por ello vislumbro tu ruina material y moral! Este es el soliloquio que mantengo en los momentos de soledad.*

Días tristes de 1946. Enfermedad y amputación de una pierna. Hospital. Tiempos finales, triste final.

Al hospital van a verle los que un día fueron sus enemigos. Y, nota curiosa: con quienes se muestra más reactivo al perdón es con aquellos viejos compañeros de partido que le traicionaron haciendo el juego a los comunistas.

Hay constancia de que recibió a Dolores Ibárruri y que hablaron ambos correctamente. *Lo necesito a mi* —dijo aquella— *porque usted nos ha de perdonar lo que le hemos hecho.* El enfermo sentenció: *Lo que deben hacer es rectificar sus métodos y su táctica... España no es Rusia.*

Hay constancia igualmente de que estuvieron a verle Negrin, Alvarez del Vayo y Mariano Ansó, y que Largo Caballero ni les dio la mano ni contestó una sola palabra a la larga verborrea del primero. Y que al salir aquéllos dijo a alguien de su máxima confianza: *Estoy enfermo, pero no tonto. He querido manifestarles mi desprecio sólo con mirarlos y ya lo han entendido bien esos tres traidores.*

Comunistas, socialistas traidores... Matrices. El peligro es uno y el mismo. Comunistas que lo son, aunque se cubran la cara de moderación *eurocomunista*; y socialistas que son como aquéllos y que seguirán con aquéllos en cuanto la ocasión sea propicia, traicionando a los demás.

Hace muy pocos días dijo Santiago Carrillo en Andalucía: *La base del P. S. O. E. es como la del P. C. E.; tiene los mismos intereses y los mismos objetivos. La Historia terminará acercándonos para alcanzar los objetivos socialistas.*

Ya no vive Francisco Largo Caballero, un hombre dentro de la Historia; pero si viviese, ¿avalaría estas palabras? Creemos rotundamente que no, desaprobando toda unión aquí posible.

El ya redactó su memoria política bajo la más dolorosa experiencia.

José Manuel MARTINEZ BANDE